

ñores vean. (*Los monjes se desvían, y entonces se ven cinco ataúdes, cubierto cada cual con un paño negro y alineados delante de la puerta.*) Ya lo veis, hay cinco. ¡Ah caballeros! ¡arrancáis la piel á una desgraciada mujer, creyendo que ésta no se vengará! ¡Ved ahora vuestros ataúdes!

GENARO (*á quien no ha visto hasta entonces, da un paso*).—¡Se necesita otro, señora!

LUCRECIA.—¡Cielos, Genaro!

GENARO.—El mismo.

LUCRECIA.—Que todo el mundo salga de aquí y nos dejen solos... ¡Gubetta, suceda lo que quiera, y aunque se oiga algo de lo que ha de pasar aquí, que no entre nadie!

GUBETTA.—Está bien.

(*Los monjes salen procesionalmente, conduciendo entre sus filas á los cinco caballeros vacilantes y aturridos.*)

ESCENA III

GENARO, LUCRECIA

(*Sólo iluminan la sala algunas lámparas moribundas, y se han cerrado las puertas. Lucrecia y Genaro, solos, se miran algunos instantes en silencio, como no sabiendo por dónde comenzar.*)

LUCRECIA (*hablándose á si misma*).—¡Es Genaro!

CANTO DE LOS MONJES (*fuera*).—*Nisi Dominus œdificaverit domum, in vanum laborant qui œdificant eam.*

LUCRECIA.—¡Otra vez vos, Genaro! ¡Habréis de estar siempre allí donde descargo mis golpes! ¡Santo cielo! ¿cómo os habéis mezclado en todo esto?

GENARO.—Lo sospechaba.

LUCRECIA.—¡Otra vez estáis envenenado, y vais á morir!

GENARO.—Si quiero... tengo el antidoto.

LUCRECIA.—¡Ah! ¡Dios sea loado!

GENARO.—Una palabra, señora; vos sois experta en la materia, y podréis decirme si hay bastante elíxir en este frasquito para salvar á los caballeros que esos monjes conducen á la tumba.

LUCRECIA (*examinando el frasco*).—¡Apenas hay bastante para vos, Genaro!

GENARO.—¿No podéis obtener más al punto?

LUCRECIA.—Os he dado cuanto tenía.

GENARO.—Está bien.

LUCRECIA.—¿Qué hacéis, Genaro? Despachad; no juguéis con cosas tan terribles, pues nunca se bebe á tiempo un contra-veneno. ¡Apuradlo, en nombre de Dios! ¡Qué imprudencia habéis cometido! Asegurad vuestra vida, y yo os facilitaré la salida de palacio por una puerta oculta que conozco. Todo se puede remediar aún; es de noche; muy pronto tendré dos caballos ensillados, y mañana á primera hora estaréis lejos de Ferrara. ¿No es verdad que suceden cosas terribles? ¡Bebed y marchemos; es preciso vivir; es forzoso salvaros!

GENARO (*tomando un cuchillo de la mesa*).—¡No; ahora vais á morir, señora!

LUCRECIA.—¡Cómo! ¿Qué decís?

GENARO.—Digo que acabáis de envenenar traidoramente á cinco caballeros, que eran mis mejores amigos, contándose entre ellos Maffio Orsini, mi hermano de armas, que me salvó la vida una vez, y á quien debo vengar, porque las injurias que recibimos son comunes. Digo que habéis cometido un acto infame; que debo vengar á Maffio y á los demás, y que vais á morir.

LUCRECIA.—¡Cielos!

GENARO.—Rezad vuestra última oración, y que sea corta, señora, porque estoy envenenado y no puedo esperar.

LUCRECIA.—¡Bah! eso no puede ser. ¡Genaro matarme á mí! ¿Sería posible?

GENARO.—Es la pura verdad, señora, y juro por Dios que en vuestro lugar ya estaría orando de rodillas... Ahí tenéis un sillón que os servirá para el caso.

LUCRECIA.—No; os digo que es imposible. Entre las más terribles ideas que cruzan mi espíritu, jamás me había ocurrido esta... ¡Pues bien, ya que levantas el cuchillo, espera, Genaro! Debo decirte alguna cosa.

GENARO.—Pronto.

LUCRECIA.—¡Deja ese cuchillo, desgraciado, arrójale! ¡Si tú supieras... Genaro! ¿Sabes quién eres, y quién soy? Tú ignoras hasta qué punto me perteneces. ¿Será preciso decirlo todo? La misma sangre circula por nuestras venas, Genaro; ¡tu padre fué Juan Borgia, duque de Gandía!

GENARO.—¡Vuestro hermano! ¡con que sois mi tía! ¡Ah, señora!

LUCRECIA (*aparte*).—¡Su tía!

GENARO.—¡Ah! soy vuestro sobrino. ¡Ah! ¡mi madre fué esa infeliz duquesa de Gandía á quien todos los Borgias hicieron tan desgraciada! Señora, mi madre se refería á vos en sus cartas; sois una de aquellas parientas desnaturalizadas de quien me hablaba con horror, que mató á mi padre, y que hizo llorar lágrimas de sangre á su esposa. ¡Ah! ¡ahora debo vengarlos á los dos! ¡Con que sois mi tía y yo un Borgia! ¡Es lo bastante para volverme loco! Escuchadme; habéis vivido demasiado tiempo, y estáis tan cargada de crímenes, que debéis haber llegado á ser odiosa y abominable para vos misma; sin duda estaréis cansada de vivir, y será preciso acabar de una vez. En las familias como las nuestras, en las que el crimen

es hereditario y se transmite de padre á hijo como el nombre, siempre sucede que esta fatalidad termina por un asesinato, de ordinario en la misma familia, último crimen que lava todos los demás. Jamás se censuró á un caballero por haber cortado una mala rama del árbol de su casa. El español Mudarra mató á su tío, Rodrigo de Lara, por menos de lo que habéis hecho, y todos elogiaron su acto. ¿Me comprendéis, tía mía? ¡Vaya pues, ya hemos hablado bastante! ¡Recomendad vuestra alma á Dios, si creéis en Dios y en vuestra alma!

LUCRECIA.—¡Genaro, por piedad para ti! Aún eres inocente. ¡No cometas tal crimen!

GENARO.—¡Un crimen! ¡Oh! mi tía se trastorna. ¡Será esto un crimen! ¡Pues bien! aunque le cometa, soy un Borgia, y nada tiene de particular. ¡De rodillas os digo, tía, de rodillas!

LUCRECIA.—¿Dices verdaderamente lo que piensas, Genaro? ¿Es así cómo pagas el amor que te profeso?

GENARO.—¡Amor!...

LUCRECIA.—Es imposible. Quiero salvarte; llamaré, gritaré....

GENARO.—No abriréis esa puerta, ni tampoco daréis un paso; y en cuanto á vuestros gritos, no os salvarán. ¿No acabáis de ordenar vos misma que no entre nadie, oigan lo que quieran de lo que ha de pasar aquí?

LUCRECIA.—¡Pero eso es una cobardía, Genaro! ¡Matar á una mujer indefensa! ¡Oh, los sentimientos de tu alma son más nobles! Escúchame; me matarás después si quieres, pues no me importa la vida; pero es preciso que mi pecho se desahogue, porque está lleno de angustia por tu proceder. Tú eres un niño, y la juventud es siempre demasiado severa. ¡Oh! si he de morir, no quiero que sea de tu mano; no sabes hasta qué punto esto sería horrible. Por otra parte, Genaro, mi hora no ha llegado aún. Cierto que he cometido

muchas maldades, y que soy una gran criminal; mas por lo mismo se me debe dejar tiempo para reconocerlo y arrepentirme. Es indispensable, ¿lo oyes, Genaro?

GENARO.—Sois mi tía; sois la hermana de mi padre. ¿Qué habéis hecho de mi madre?

LUCRECIA.—¡Espera, espera! Dios mío, no me es posible decirlo todo; y aunque te lo dijese, tal vez fuera sólo para redoblar tu horror y tu desprecio. ¡Escúchame un instante... yo deseo que me recibas arrepentida á tus pies! Tú me perdonarás ¿no es cierto? Pues bien, ¿quieres que me retire á un claustro y me encierre para toda la vida? Si te dijiesen: «Esa desgraciada mujer se ha hecho rasar el cabello, duerme sobre la ceniza, socava su propia fosa con las manos, y ruega á Dios noche y día para que dejes caer sobre ella una mirada de misericordia, para que viertas una lágrima sobre todas las llagas vivas de su corazón y de su alma, y para que no le digas más, como acabas de hacerlo, con esa voz tan severa como la del juicio final: «¡Vos sois Lucrecia Borgia!» Si te dijeran todo esto, Genaro, ¿tendrías corazón para rechazarla? ¡Gracia, Genaro! Vivamos los dos, tú para perdonarme, y yo para arrepentirme. ¡Compadécete de mí! No has de tratar sin misericordia á una pobre mujer que sólo pide un poco de piedad. ¡Perdóname la vida!... Te lo digo, Genaro, por ti, porque tu acto sería verdaderamente cobarde, y además un crimen espantoso, un asesinato. ¡Un hombre matar á una mujer! ¡Oh! tú no harás eso!

GENARO (*vacilante*).—¡Señora!...

LUCRECIA.—¡Oh! ¡ya lo veo, me perdonas! Me parece leerlo en tus ojos. ¡Déjame llorar á tus pies!

UNA VOZ (*fuera*).—¡Genaro!

GENARO.—¿Quién me llama?

LA VOZ.—¡Hermano Genaro!

GENARO.—¡Es Maffio!

LA VOZ.—¡Genaro, me muero, vengame!

GENARO (*levantando el cuchillo*).—Esta dicho. Ya no escucho nada. ¡Señora, es preciso morir!

LUCRECIA (*deteniéndole el brazo*).—¡Perdón! ¡Escúchame!

GENARO.—¡No!

LUCRECIA.—¡En nombre del cielo!

GENARO.—¡No!

(*La hiere.*)

LUCRECIA.—¡Ah!... ¡me has muerto! ¡Genaro, soy tu madre!

